10141

Sermón periódico

Nuevo Archivo Teatral de Cultura Popular

SERMÓN PERDIDO

PROVERBIO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

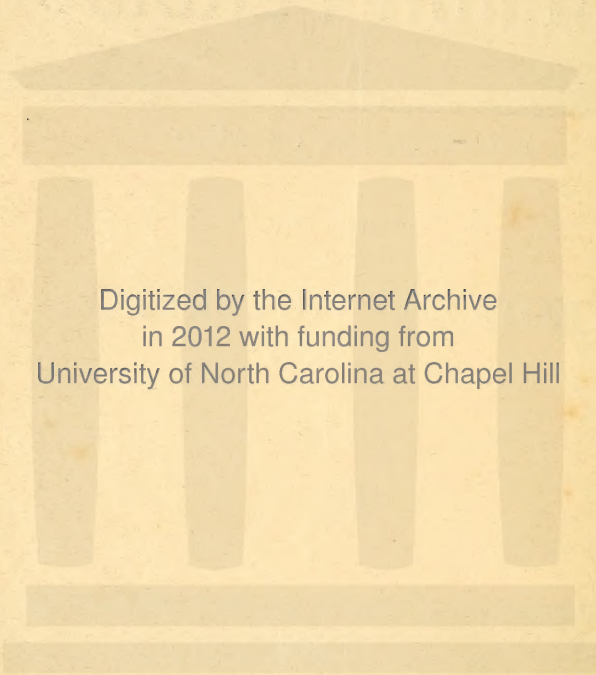
TEODORO GUERRERO

BUENOS AIRES

—

PASCUAL MEDIANO, EDITOR

BERNARDO DE IRIGOYEN, 1314



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/sermnperdidoprov25117guer

SERMÓN PERDIDO

Nuevo Archivo Teatral de Cultura Popular

SERMÓN PERDIDO

PROVERBIO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

TEODORO GUERRERO

BUENOS AIRES

—

PASCUAL MEDIANO, EDITOR

BERNARDO DE IRIGOYEN, 1314

PERSONAJES

EUFEMIA.	BERNARDO.
FELISA.	ALEJANDRO.

JULIÁN.

La escena pasa en Madrid.—Época contemporánea.

ACTO ÚNICO

Bufete de un abogado. Puertas al fondo y laterales con sus portieres. A la derecha, la mesa y librería; á la izquierda, la chimena; delante de ésta dos sillones.

ESCENA PRIMERA

ALEJANDRO, *sentado delante de la chimenea tomando chocolate.* FELISA *sale por la izquierda*

FELISA Buenos días, primo. Mucho madrugas.

ALEJ. *(Deja la jicara encima de la chimenea.)* No me llames primo; ese nombre sienta mal al que quiere cambiarlo por otro más dulce, más significativo.

FELISA ¿Otro nombre?

ALEJ. Sí. ¿No te gusta más el de marido?

FELISA *(Bajando los ojos.)* ¡Alejandro!

ALEJ. Siéntate á mi lado.

FELISA No; ¡si papá nos viera!...

ALEJ. *(Se levanta.)* ¡Qué demonio! Los padres debieran suprimirse.

FELISA ¿Qué dices?

613460 668601

ALEJ. ¡Discurren de una manera tan fría! Allá, en Salamanca, me predicaba mi padre muchos sermones contra las mujeres, y aquí mi tío, que está convencidísimo de que tú y yo nos queremos con delirio, se empeña en hacerme ver que el matrimonio es una calaverada. ¿No te dice lo mismo?

FELISA Sí; desde que viniste le ha entrado la manía de hablarme mal de los hombres.

ALEJ. Pero, ¿no por eso dejas de quererme?

FELISA ¡Quiá!

ALEJ. *(Coge un libro y se lo presenta riéndose.)* Aquí tienes otro tomo de los *Cuentos de salón* para fortalecer tus ideas.

FELISA Sí, sí; lo leeré.

ALEJ. En cambio, yo me fastidiaré estudiando esos autos: ¡un divorcio!

FELISA ¿Todavía no has leído esos autos?

ALEJ. Tu amor me imposibilita, Felisa; no quiero empaparme en la legislación que favorece el divorcio, sino todo lo contrario.

FELISA Papá dice que por ahora no debo quererte.

ALEJ. ¡Por ahora! ¿Acaso el amor es un pagaré que pide espera? Ya soy abogado, y con mi bufete haré frente al presupuesto diario, á ese tiburón insaciable, según él le llama.

ESCENA II

Dichos, BERNARDO

BER. *(Desde la puerta de la izquierda.)* ¡Por vida!... Ya están aquí juntitos. *(Tose.)*

FELISA *(Se adelanta á recibirle.)* Papá, buenos días.

ALEJ. (¡Mi tío! ¡Y no he estudiado el pleito!)

BER. *(Con severidad.)* Felisa, ¿qué haces en mi bufete? ¿Te has dedicado al estudio del derecho civil?

FELISA No, papá; vine á buscar este libro.

BER. *(Coge el libro.)* A ver... *Cuentos de salón.* ¡Está claro! Así pierden ustedes el tiempo en leer libros perniciosos.

ALEJ. ¿Qué dice usted, tío? ¡La moral más sana!...

BER. Sí, sí; la moral. ¿Crees, por ventura, que no lleva un autor á las familias la disolución social cuando aconseja á los jóvenes que se casen?

ALEJ. ¿No es usted casado, tío?

BER. ¡Silencio, señor sobrino! Los autores deben enseñar á los hijos que mientras estén bajo la patria potestad no se enamoren sin el consentimiento paterno.

ALEJ. La ley habla del matrimonio, y nada dice del amor.

BER. Pero como el matrimonio es la consecuencia del amor, la interpretación de la ley corresponde á los jurisconsultos como yo, y no á los rábulas incipientes como tú. *(Se dirige á Felisa.)* Niña, vete á tu cuarto, que estamos discutiendo sobre un punto de derecho del que no tienes formada opinión; es más, no debes formarla.

FELISA (¡Vaya si la tengo! Sin leer esos librotes sé que quiero y puedo casarme con Alejandro.) *(Entra por la izquierda.)*

ESCENA III

BERNARDO, ALEJANDRO

BER. ¿Conque es decir, sobrino mío, que te has propuesto trastornar la cabeza á mi pobre hija, tan inocente, facilitándole esos libros que engañan con sus falsas teorías?

ALEJ. Perdone usted, querido tío; esos libros son morales.

BER. El padre que tiene una hija casadera y un sobrino pobre, no puede aceptar esos principios. El matrimonio es una asociación mutua de interés; el pueblo lo dice: la mujer debe llevar el almuerzo y el marido la comida; y como no tienes todavía más que tu título de abogado, yo le daría el almuerzo, pero al mediodía te verías obligado á echar tu título en la olla.

ALEJ. Trabajaré sin descanso.

BER. Pero entre tanto, pasaríais una cuaresma prolongada de ayunos forzosos: el amor sin la olla, hijo mío, es como las bebidas espirituosas, que se escapan por la boca, y debilitan la fuerza del estómago, calentando la cabeza.

ALEJ. *(Con disgusto.)* ¡Tío, por Dios! Los libros dicen...

BER. Los autores escriben esos idilios para engañar á los incautos; están cogidos en la red y aplican el refrán: mal de muchos, consuelo de tontos.

ALEJ. Amo á mi prima desde que la conocí.

BER. Tu padre te mandó á mi lado para que practicaras tu profesión, pero no para alborotar la

cabeza á mi hija; escribiré á mi hermano que los aires de Salamanca serán más provechosos para tus progresos. Veamos la prueba: ¿estudiaste la demanda de divorcio que te entregué anoche? Allí descansan los autos, y estoy seguro de que no te has inspirado en los deberes del hombre de ley para defender á ese desgraciado que pide amparo contra las veleidades de su cónyuge.

ALEJ. Los he repasado, y...

BER. ¿Qué opinas? ¿No ves un peligro en el matrimonio? Porque hay muchas mujeres como la demandada.

ALEJ. Opino, sin leer esos autos, que el demandante tendrá justos motivos para quejarse de la demandada; pero eso nada tiene que ver con que yo quiera á Felisa.

BER. Eres incorregible, sobrino; ve á tu cuarto á estudiar los autos, y deja esos libros, que te llevan por mal camino.

ALEJ. Bien, tío. *(Coge los autos.)* (¿Un divorcio?... ¡Bah! Leeré mi novela.) *(Entra por la derecha.)*

ESCENA IV

BERNARDO, *después* EUFEMIA

BER. El mozo está enamorado hasta los tuétanos y no hay medio de convencerle.

EUF. *(Por la izquierda.)* Bernardo, ¿con quién hablabas?

BER. Con nuestro sobrino: en vez de estudiar ese

pleito que tanto me interesa, le encontré aquí con Felisa leyendo un tomo de los *Cuentos de salón.*

EUF. *(Sonriéndose.)* También te gustan esos libros, porque eres buen marido.

BER. *(Mirando con recelo á todas partes.)* Sí, Eufemia; pero eso no se puede decir, porque hoy tenemos una hija y un sobrino; el marido encuentra muy buena la idea de esos libros, pero el padre la encuentra muy mala.

EUF. ¡Qué lógica!

BER. En cada hombre hay dos entidades que se presentan según las circunstancias; ¿no has oído en el Congreso cómo piensa el diputado cuando está en la oposición y cómo habla cuando es ministro?

EUF. No me gusta el fingimiento.

BER. Es un deber que la paternidad impone; si Alejandro fuera rico, no me opondría á sus relaciones con Felisa.

EUF. Cuando nos casamos eras pobre, Bernardo, y trabajando, nunca nos faltó Dios.

BER. Por eso mismo no quiero que nuestra hija se case con un pobre; y me opondré tenazmente.

EUF. ¿Qué te propones hacer?

BER. Alejandro está resuelto, y es preciso desencantarlo presentándole una prueba plena; testigos que no pueda tachar y que lleven á su ánimo el convencimiento de que el matrimonio es una locura.

EUF. *(Riéndose.)* ¡Perjuro!

BER. Contigo no, porque sabes cuánto te quiero. Me ha ocurrido una idea luminosa, una idea salvadora.

EUF. ¿Cuál es?

BER. Destruir el efecto de las teorías de los libros con casos prácticos incontestables. En mi juventud trabajé en algunos teatros caseros, y tenía felices disposiciones.

EUF. No te comprendo.

BER. *(Riéndose.)* ¡Ya verás!... ¡Oh! ¡qué oportunísima idea!... ¡Ja, ja, ja! Di á Alejandro que he ido á ver al procurador; encárgale que no abandone el bufete, y que si viene algún cliente, le reciba y le oiga, tomando apuntes.

EUF. Pero explícame...

BER. ¡La severa diosa Thémis se une en ilegal consorcio con la juguetona musa Talía! Adiós. *(Se va por el fondo riéndose.)*

ESCENA V

EUFEMIA, *después* ALEJANDRO

EUF. ¿Qué diablura le habrá ocurrido?... Comprendo que hace bien en oponerse á las relaciones de Felisa con Alejandro; pero como quise á Bernardo en idénticas circunstancias, no puedo ser inconsecuente; soy completamente feliz, y juzgo con el corazón, que es el tribunal de las mujeres; el corazón siempre falla en favor del débil; permaneceré neutral. *(Se acerca á la puerta de la derecha y llama.)* Alejandro.

ALEJ. *(Con los autos en la mano.)* ¿Me llamaba usted, tía?

EUF. Sí. Bernardo ha ido á casa del procurador y

me ha encargado te diga que estés en el bufete; ya sabes que antes del almuerzo es cuando suelen venir los clientes.

ALEJ. Me quedaré masticando este ingratísimo negocio.

EUF. ¡Ay, hijo! la profesión de abogado ofrece sus amarguras; he visto tantas veces á tu tío pasar malas noches devorando hojas y hojas... Pero eso da dinero. Hasta luego. *(Entra por la izquierda.)*

ESCENA VI

ALEJANDRO, *después* JULIÁN

ALEJ. *(Se sienta en el sillón, descansando los autos sobre la mesa, y los hojea.)* Mientras más leo, más me convenzo de que es muy triste tener que ir contra su conciencia, porque yo no defendería á un marido que tiene el mal gusto de separarse de su mujer. ¡Unos quieren separarse y otros quieren unirse! ¡Este es el mundo!

JULIÁN *(Desde la puerta del fondo.)* Señorito.

ALEJ. ¿Qué hay?

JULIÁN Un caballero pregunta por el amo.

ALEJ. ¿Quién es?

JULIÁN El señor marqués de la Rosa Blanca.

ALEJ. ¿Un marqués?... Dile que pase. *(Julián se retira.)* ¡Gran cliente! ¡Me daré tono de jurisconsulto! *(Apoya los brazos en la mesa, inclinando la cabeza sobre los autos.)*

ESCENA VII

ALEJANDRO, BERNARDO

Bernardo sale disfrazado con un frac de moda exagerado, grandes cuellos, lente, gran peluca rubia, grandes bigotes y patillas caídas; el sombrero inclinado sobre la oreja derecha; lleva en el ojal una rosa blanca muy grande, y en la mano un bastón muy gordo. Hablará con el acento francés muy marcado, y sus maneras han de ser muy afectadas.

BER. ¿El señor doctor?

ALEJ. *(Se levanta.)* Caballero, mi tío no está en casa.

BER. *(Con mal modo.)* El doctor debiera estar aquí cuando vengo yo.

ALEJ. *(Sorprendido.)* ¿Le ha anunciado usted su visita?

BER. No, hombre, no; pero debiera estar.

ALEJ. (¡Qué manera de presentarse!)

BER. Buscaré otro letrado que me ayude.

ALEJ. Yo también soy abogado, caballero.

BER. *(Mirándole de pies á cabeza con el lente.)* ¿Usted también? ¡Parece mentira!

ALEJ. ¿Por qué?

BER. No tiene usted facha de letrado.

ALEJ. Pues qué: ¿los abogados tienen cara especial?

BER. ¡Oh, sí! tienen cara de talento.

ALEJ. ¿Es decir, que soy un ignorante?

BER. Lo parece usted; yo soy muy claro.

ALEJ. *(Amostazado.)* Ya lo veo.

BER. Yo soy el marqués de la Rosa Blanca.

ALEJ. *(Con mal modo.)* Muy señor mío.

BER. *(Se acerca.)* ¿Está usted *marié?*

ALEJ. ¿Qué si estoy mareado? No, señor.

BER. ¡Oh! ¿no entiende usted el francés?

ALEJ. No entiendo más que el castellano.

BER. ¡Uf! ¿quién habla ya el castellano?

ALEJ. Yo.

BER. ¡Bah! Quiero saber si está usted casado.

ALEJ. ¿Casadò? Todavía no; pero amo á una joven y me casaré con ella.

BER. ¡Es usted un tonto!

ALEJ. ¡Caballero!

BER. Sí, sí: es usted un tonto.

ALEJ. ¿Otra vez?

BER. Un hombre que quiere casarse en estos tiempos de civilización, es un tonto.

ALEJ. ¡Me está usted insultando!

BER. No: la verdad no es un insulto.

ALEJ. (¡Pues se va enmendando! ¡está loco!)

BER. ¿No ha leído usted á Sócrates?

ALEJ. No, señor.

BER. Es usted un tonto.

ALEJ. ¡Pues no lo soy!

BER. Sí. Sócrates dice que los jóvenes que tratan de casarse, se parecen á los peces que juegan alrededor de la nasa, pues se empujan para entrar, mientras que los desgraciados que están dentro hacen vanos esfuezos para salir de ella.

ALEJ. Esa es una opinión.

BER. Es la opinión de un sabio; desde que Sócrates

comparó á los amantes con los peces, andan aquéllos escamados.

ALEJ. Pues yo no me escamo.

BER. Porque es usted un tonto.

ALEJ. *(Con ira.)* ¡Caballero, no permito!...

BER. ¡Oh! si usted se enfada, mejor; yo le pego un balazo á un mosquito, *(Pasándole la mano por el pecho.)* y con la punta del florete le meto uno por uno en el pecho todos los botones de su levita.

ALEJ. *(Dobla el cuerpo para atrás como si le doliera.)* ¡Ay!

BER. Yo he matado muchos jóvenes como usted.

ALEJ. (¡Demonio!) Perdone usted; no he dado motivo...

BER. Yo me bato con todos los hombres, menos con los que galantean á mi mujer.

ALEJ. ¡Pues vaya una lógica!

BER. ¡Oh! los hombres tienen derecho siempre para enamorar á todas las mujeres.

ALEJ. (¡Está rematado!)

BER. Las mujeres son bienes mostrencos.

ALEJ. ¡Qué barbaridad! (¡No eres tú mal mostrenco!)

BER. *(Con la cara fiera.)* ¿Barbaridad? ¡Un insulto! Caballerito, á usted le sobra una pierna.

ALEJ. *(Mirándose.)* ¿A mí?... No, señor; tengo las piernas que necesito para andar. (Y para correr huyendo de ti.)

BER. No: á usted le sobra la pierna derecha.

ALEJ. *(Levantando la pierna.)* Yo no soy grulla. (¡Pues no es mala manía!)

BER. *(Saca el estoque.)* Le sobra á usted, y se la voy á cortar ahora mismo.

ALEJ. (¡Diablo!) ¡Pediré favor!...

BER. Deme usted una satisfacción.

ALEJ. *(Asustado.)* Daré todas las satisfacciones que usted quiera, con tal que guarde ese asador.

BER. *(Envaina el estoque.)* Eso es otra cosa. *(Se sienta.)* Hablemos en paz. Siéntese usted enfrente de mí.

ALEJ. *(Se sienta demostrando recelo.)* Obedezco.

BER. Yo soy casado, y quiero repudiar á mi mujer.

ALEJ. (¿También éste?)

BER. Es preciso que usted me libre de mi mujer.

ALEJ. ¿Yo?

BER. ¡Oh! es usted letrado y debe saber la manera de echar de mi casa á mi mujer.

ALEJ. Oiré las razones...

BER. *(Con aspereza.)* ¡Razones! ¡siempre razones! Yo no quiero razones; yo quiero ser libre.

ALEJ. Pues para eso....

BER. ¡Nada, nada! Si usted no me descasa...

ALEJ. ¡Acuda usted al Papa! Yo...

BER. Al papá, no; á usted sólo. Mi mujer no es buena.

ALEJ. ¿Tiene usted pruebas?

BER. ¿Pruebas? ¿Para qué sirven las pruebas?

ALEJ. Para probar.

BER. ¡Es usted un ignorante!

ALEJ. Muchas gracias.

BER. ¿No sabe usted cómo vive en el mundo la gente de tono? Yo no tengo pruebas, porque no veo á mi mujer más que de paso; ella está en su cuarto, y yo en el mío.

ALEJ. Entonces...

BER. Yo quiero descasarme, pero quiero disfrutar

de todas las rentas de mi mujer. Es muy justo; para eso me casé con ella.

ALEJ. ¿Por interés?

BER. Por supuesto. El matrimonio es un negocio como otro cualquiera; ella tenía dinero y yo tenía un título; ahora nos separamos, y ella se quedará llamándose marquesa, y yo con la mitad de sus rentas. Me parece que estoy en lo legal.

ALEJ. ¡Oh, sí!

BER. *(Se levanta.)* Pues bien: daré á usted mi poder, y si consigue el triunfo, le perdonaré la vida.

ALEJ. (¡Vaya un compromiso!)

BER. *(Le da un papel.)* Aquí tiene usted los apuntes; volveré mañana á buscar el escrito de demanda.

ALEJ. (Te cerraré la puerta.)

BER. *(Le pasa la mano por la cara.)* Y no se case usted por amor, joven. El amor no es más que un anzuelo que tiene el diablo para pescar incautos. *(Sale por el fondo tarareando una canción francesa.)*

ESCENA VIII

ALEJANDRO

¡Qué hombre tan original! Traspasaré su poder á mi tío. ¡Vaya un estreno en mi honrosa profesión!... *(Se pasea.)* ¡Pues si hubiera muchos clientes como éste, tendríamos que vivir blindados!... ¡Ca! ¡este hombre es un loco!... Un marido que ve á su mujer de paso, ¿cómo

ha de quererla y gozar de los encantos del matrimonio? ¡Bah! yo querré siempre á Felisa, y me querrá; la llevaré á la Castellana á lucir su vestido de terciopelo... ¿De terciopelo? El caso es que para comprar ese vestido se necesita dinero, y yo no lo tengo; pero es igual; se vestirá de seda... ó de percal; lo que amo en ella es su hermosura, su carácter, y nada me importa el traje... Los hombres mirarán á Felisa y me tendrán envidia... ¿La mirarán? ¡No! ¡No quiero que la miren, porque será mía, mía sola!... Tendremos un niño, dos ó tres, y les daré la papilla, y los pasearé de noche para dormirlos, cantándoles la Nana; y cuando crezcan, jugaré al corro con ellos, y los llevaré al Retiro á echar pan á los patos del estanque, y me embobaré con sus gracias; lo mismo que todos los padres... ¡El matrimonio! ¡Quién fuera rico para no encontrar obstáculos á sus deseos!

ESCENA IX

ALEJANDRO, BERNARDO, JULIÁN

Entra Bernardo con un levitón raído, muy largo de faldones y muy corto de mangas; al cuello una bufanda; los zapatos rotos; el sombrero estropeado; peluca negra, con calva de la frente á la nuca; barba cerrada con algunos pelos grises, muy despeinada.

JULIÁN *(Desde la puerta.)* Pase usted adelante, caballero. *(Se retira.)*

ALEJ. (¡Jesús! ¡qué tipo! Este pleiteará por pobre.)

BER. *(Con énfasis.)* ¿El señor licenciado?

ALEJ. Estoy á las órdenes de usted, pues mi tío ha salido; yo soy su pasante.

BER. Es lo mismo. Vengo á utilizar el talento de usted para un asunto grave.

ALEJ. (¿Mi talento? A lo menos éste es lisonjero.) *(Dándose importancia.)* ¿En qué puedo servir á usted?

BER. Quiero separarme de mi mujer.

ALEJ. (¡Cáspita! ¡han tocado á divorcio general!) ¿En qué funda usted su demanda?

BER. En el hambre.

ALEJ. *(Con extrañeza.)* ¿En el hambre? Ese caso no está previsto por las leyes.

BER. Pero está previsto por la necesidad; y como dicen ustedes los sabios jurisconsultos, *necesitas caret legis.*

ALEJ. *(Con petulancia.)* ¿Ha habido sevicia?

BER. *(Encogiéndose de hombros.)* ¿Sevicia?... Lo que ha habido y hay es hambre.

ALEJ. No lo entiendo.

BER. Es muy claro, caballero pasante. Me casé con una mujer muy linda; la amaba, y ¡ay! ¡la amo todavía!

ALEJ. ¿Ella es buena?

BER. ¡Como el oro de diez y siete quilates!

ALEJ. ¿Entonces?...

BER. Voy al caso. Hace diez años que nos casamos, y hemos tenido doce hijos.

ALEJ. ¿Doce en diez años? No me sale la cuenta.

BER. ¡Oh! ¡dos veces gemelos!

ALEJ. Ya. ¿Y viven todos?

BER. Por supuesto. Los hijos de los pobres nunca se mueren. Yo tenía una fortuna decente y un destino de alguna posición; el gobierno me dejó cesante, agotando una de las fuentes que surtían mi presupuesto diario; la otra se agotó también, pues empleé mi capital...

ALEJ. ¿En granos, y hubo mala cosecha?

BER. No, señor.

ALEJ. ¿En alguna empresa que fracasó?

BER. En algo peor.

ALEJ. ¿En hipotecas?

BER. En papel del Estado.

ALEJ. ¡Bonito negocio!

BER. En papel del Estado; ¡y ya ve usted el estado del papel!

ALEJ. Le compadezco á usted de veras.

BER. Mi mujer y yo nos consolábamos al principio con nuestro cariño, que siempre fué grande; pero agotados todos los recursos, después de empeñar hasta los colchones, vemos un día y otro entrar por las claraboyas de nuestra buhardilla un sol radiante que insulta nuestra miseria; y mis hijos gritan pidiéndome pan; y mi mujer llora, y yo lloro también... *(Enjugándose los ojos con la manga de la levita.)* como lloro ahora, porque es una desgracia tener hijos, amar á su familia y verla morir de hambre.

ALEJ. *(Enternecido.)* ¡Qué horror! ¡Es usted un hombre muy desgraciado!

BER. ¿Un hombre? ¡Ah, caballero pasante! ¡hay una equivocación en ese substantivo! ¡yo no soy un hombre! ¡yo soy un espectro! ¡yo soy

un camaleón que vive de aire! En mi estómago se ha realizado el mismo fenómeno que en las arcas del Tesoro: aquí *(Señalando el estómago.)* se encuentra el perfecto vacío que tanto buscó la ciencia; mi estómago está cubierto de telarañas. ¡Yo no soy un hombre! ¡soy un mito!

ALEJ. (¡Este es otro tipo!)

BER. *(Se pasea deprisa por la sala, y se detiene delante de la chimenea.)* ¡Ah, caballero pasante! ¿qué veo? En la miseria todos nos abandonan; los amigos son ingratos; hasta aquéllos que tenían con nosotros un trato diario é íntimo huyeron. *(Señala á la chimenea.)* Ahí estoy viendo un prófugo que abandonó mi casa...

ALEJ. (¡Pues también éste ha perdido el juicio!) ¿Qué ve usted ahí?

BER. *(Coge un bizcocho.)* ¡Un prófugo! En mis tiempos de abundancia también tomaba yo todas las mañanas chocolate con bizcochos. ¡Ah! ¡qué dulce satisfacción! Permita usted, caballero pasante, que me vengue de este ingrato clavándole los dientes. *(Se come el bizcocho con avidez.)*

ALEJ. *(Se dirige á la jícara, coge otro bizcocho y se lo ofrece.)* Aquí hay otro prófugo.

BER. ¿Otro? ¿Y me incita usted de nuevo á la venganza, en vez de detenerme? ¡Voy á ser reincidente! *(Coge el bizcocho y se lo come de un bocado.)* ¡Es disculpable mi actitud, porque por vengarme, me comería ahora el pilón de la Cibeles lleno de bizcochos!

ALEJ. (¡Esto es divino!)

BER. ¿Supongo que no juzgará usted mal este acto de ferocidad?

ALEJ. No, señor; es muy natural.—Vamos al caso de la separación de los cónyuges.

BER. Es muy sencillo. No puedo mantener á mi familia, y mi mujer y yo hemos resuelto separarnos amistosamente para no aumentar el número.

ALEJ. Entonces no hay litis.

BER. ¿Litis? Si hay litis; peleamos sobre quién ha de llevarse los doce hijos.

ALEJ. Eso honra al amor de padres; los dos quieren...

BER. Echar al otro la carga.

ALEJ. *(Sorprendido.)* ¿No ama usted á sus hijos?

BER. El hambre es el tirano de la humanidad; yo no amo á nadie; aborrezco al mundo, á los amigos, al gobierno, á mi suegra... *(Transición.)* No, no; á mi suegra la aborrecía desde los tiempos de mi abundancia.

ALEJ. Pero los hijos...

BER. Aborrezco á mi mujer, á mis hijos, á mí mismo, á usted.

ALEJ. ¿A mí?

BER. Ni amo más que á mi estómago.

ALEJ. La ley no ampara á usted, caballero, y no puedo hacerme cargo de su poder. Mi conciencia...

BER. ¿Tiene usted conciencia? Ha errado usted el camino; iré á otro bufete: los grandes abogados forman su reputación con las causas perdidas.

ALEJ. ¡Eso es un error!

BER. Adiós, caballero pasante. Si no es usted casado, aún está á tiempo; mírese usted en este espejo y huya de las mujeres, porque cada una presenta un abismo donde ha de sepultarse un hombre de bien. ¡El hambre! ¡oh! ¡la familia! ¡el papel del Estado!... *(Sale por el fondo.)*

ESCENA X

ALEJANDRO, *después* EUFEMIA

ALEJ. *(Muy preocupado.)* ¡Buena perspectiva! ¡Este hombre, á pesar de su carácter raro, me deja con una impresión desgarradora! ¿Ve salir el sol sin tener pan para sus hijos?... ¡Ah! ¡qué horrible debe ser eso!... ¡Y yo soy pobre y pretendo casarme!... ¡Siento escalofríos y un malestar!... ¿Conque no es todo gloria y placer en el matrimonio? ¿Será verdad lo que dicen los maldicientes?...

EUF. *(Por la izquierda.)* ¿Ha venido tu tío?

ALEJ. No, señora.

EUF. Pero ¿qué tienes? Estás alterado.

ALEJ. Sí.

EUF. ¿Te hallas indispuesto?

ALEJ. No sé...

EUF. ¡Qué cambio tan repentino!

ALEJ. ¡Ay, tía! ¡Se ven y se oyen cosas en el estudio de un abogado!

EUF. Pues ahora empiezas, querido Alejandro.

ALEJ. ¡Mal principio!

EUF. ¿Estudiaste los autos?

ALEJ. No me dejaron dos entes que vinieron en consulta. Ya lo contaré á usted para que se ría. *(Riéndose forzadamente.)*

EUF. Para ejercer tu profesión necesitas curarte de espanto. ¡Bernardo ha visto y oído tanto! Cuando venga tu tío avísame para pedir el almuerzo. (Por detrás del *portier* lo he oído. ¡Está aterrado!) *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA XI

ALEJANDRO, *después* BERNARDO

ALEJ. ¿Curarme de espanto? Bien lo necesito; y lo peor es que las palabras de esos hombres me producen un desencanto en el alma... ¡Ay, Felisa! ¿por qué habré estudiado jurisprudencia? *(Sale Bernardo en traje de paletó, con grandes patillas negras y peluca que le cubre la frente; en la mano lleva una vara de acebuche muy larga.)*

BER. *(Desde la puerta.)* A la paz de Dios.

ALEJ. (¿Otro cliente? Es un paletó; se reunen hoy aquí todas las clases sociales.) Adelante.

BER. *(Entra sin quitarse el sombrero.)* Pues yo necesito hablar con un picapleitos que me enseñe el camino.

ALEJ. (¡Picapleitos!) ¿Qué se le ofrece á usted buen hombre?

BER. *(Dando en el suelo con la vara.)* Pues yo tengo una burra y una mujer.

ALEJ. *(Conteniendo la risa.)* Me alegro mucho.

BER. Y mi burra es muy buena.

ALEJ. Supongo que también lo será la mujer.

BER. Pues ahí verá usted. Mi burra tiene las patas muy firmes y nunca ha dado un mal paso.

ALEJ. Explíquese usted, hombre.

BER. Yo soy casado.

ALEJ. Teniendo mujer, es claro...

BER. Pues no es tan claro como usted lo ve. Mi mujer ha tenido un chico.

ALEJ. ¿Han tenido ustedes un chico? Sea enhorabuena.

BER. Mi mujer lo ha tenido.

ALEJ. ¿Cómo es eso?

BER. Contaré el caso. Mi mujer es de un pueblo de la Mancha, y se casó por lo civil con el fiel de fechos; pero á los dos meses entraron los carlistas y quemaron el registro; entonces él se llamó andana, y como no había pasado por la iglesia como Dios manda, le dijo: «Ahí te pudras», y se casó con otra moza. Mi mujer, es decir, la mujer del fiel de fechos, se vino huyendo á casa de una tía que tiene en Pinto, porque yo soy de Pinto, con perdón de usted; por desgracia la vi, me gustaron sus ojos, pues tiene unos ojos como dos platos, y cometí la barbaridad de casarme con ella sin saber lo del fiel; pero como vino el chiquillo, cate usted al tío Roque hecho fraile, y yo también me llamé andana.

ALEJ. ¿Pero usted se casó por la iglesia?

BER. ¡Cabal! Yo soy cristiano.

ALEJ. Entonces, amigo mío, no puede usted romper el matrimonio.

BER. Pues yo le diré á usted: el matrimonio no lo pude romper, pero sí las costillas de mi costilla por haberme engañado.

ALEJ. ¿Le pegó usted?

BER. *(Blandiendo la vara.)* ¡Como un hombre! Ella se quejó al alcalde, y como la justicia se apoya en principios siempre iguales, el alcalde se empeñó en convencerme de que el chico era mío; yo sacudí las orejas, como mi burra cuando le siento la vara y no quiere andar, y él me dijo: «Roque, no seas bruto, el chico es tuyo». El es algo leído, pero á mí no me entran sus leyes. Y añadió: «Si tu burra pare un buche, ¿de quién es el buche?» Y yo contesté: «Mío». Y repuso con gravedad: «Pues siendo tuya tu mujer, el chico también es tuyo». Eso parece verdad, pero será tratándose de burras; en tratando de mujeres, el chico debe ser de su padre.

ALEJ. *(Riéndose.)* Es un principio de derecho: *partus sequitur ventrem.*

BER. *(Haciendo una mueca.)* ¿Eh?... Me sacudí las moscas, y si el alcalde tiene una vara, yo también tengo la mía.

ALEJ. Pero la vara de usted no tiene fuerza en los tribunales.

BER. *(Con risa estúpida.)* ¡Je! pero la tiene en las espaldas; pregúntelo usted al fiel de fechos.

ALEJ. ¿También le arrimó usted con ella?

BER. ¡Justicia catalana! Monté en mi burra, fuí á la

Mancha y di una mano de jabón al fiel, que se acordará de mí y de mi mujer, digo, de su mujer. El alcalde de aquel pueblo quiso hacer conmigo una alcaldada, pero mi burra tiene unas patas muy firmes y escapamos para Pinto, desde donde vengo á pedir á usted que me ampare.

ALEJ. Puede usted entablar demanda de divorcio, porque hay motivo fundado y no faltarán testigos que favorezcan su derecho.

BER. Así me gusta; veo que en Madrid, como es más grande, se hace la justicia más elástica; yo soy hombre de bien, y aunque sé menos que usted, me atrevo á darle un consejo.

ALEJ. Los consejos siempre vienen bien.

BER. No se case usted, porque todas las mujeres...

ALEJ. Todas no son iguales.

BER. Pues mire usted: la mía siempre fué muy buena y *naide* la ha tildado, pero encontró la ocasión y sacó la oreja. Las mujeres son como los gatos; se dejan acariciar, pero la mejor paga un halago con un rasguño.

ALEJ. Eso es injusto.

BER. Volveré mañana con mis testigos, y Dios se lo premie á usted iluminándole el caletre para que nunca se case. ¡Las mujeres, eh!... ¿Palabritas? Todas las que quieran; ¿pero casaca?... *(Agita la vara como si arreara un burro.)* ¡Arre! *(Sale por el fondo. Alejandro se queda muy preocupado, con los brazos cruzados.)*

ESCENA XII

ALEJANDRO

¡Pues me voy convenciendo de que el matrimonio es una ganga! Si pregunto uno por uno á todos los casados de Madrid, de seguro me prueban que el hogar doméstico es el símil del infierno. Voy á quemar los libros; mi tío tiene razón: son perniciosos... *(Reflexionando.)* ¿Conque los maridos son unos peces encerrados que quieren salir?... ¿Conque todas las mujeres son un peligro?... ¡Y luego el hambre!... ¡los hijos que piden pan!... ¡San Bernardino!... *(Estremeciéndose.)* ¡Gracias que á tiempo abro los ojos!... ¡Oh! me vuelvo á Salamanca con mi padre; es cosa resuelta... Pero ¿dejar á Felisa? ¡La amo tanto! No tendría valor para despedirme de ella... Le escribiré una carta rompiendo nuestras relaciones, y en seguida me escapo como una liebre. Sí, sí; allá voy. *(Se dirige á la mesa, se sienta y coge una pluma.)* No sé cómo empezar... El marqués decía la verdad; todavía no me he casado y ya quiero romper...

ESCENA XIII

ALEJANDRO, JULIÁN

JULIÁN *(Desde la puerta.)* Una señora pregunta por el amo.

ALEJ. *(Asustado.)* ¿Una señora? Dile que mi tío ha

salido; no quiero ver más clientes. Acabarían por volverme loco.

JULIÁN Está bien. *(Se retira.)*

ALEJ. *(Se levanta.)* Nada, no me dejarían escribir la carta, y me voy á mi cuarto; hay que meditarla bien para triunfar de mi corazón. ¡Esta carta es un golpe de Estado! *(Entra por la derecha.)*

ESCENA XIV

EUFEMIA, *después* BERNARDO

EUF. Ya se fué. *(Riéndose.)* El pobre sale huyendo en completa derrota.

BER. *(En bata, por el fondo.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Triunfo en toda la línea!

EUF. ¡Has estado admirable! Alejandro ha ido á su cuarto á escribir una carta á Felisa y se vuelve á Salamanca. ¡El pobre! ¡está espantado! Y lo siento por nuestra hija, víctima inocente de tu actitud.

BER. Ya se consolará, y ha de darnos las gracias; ella es bonita y pronto encontrará otro novio más admisible. *(Sale un niño por la puerta de la izquierda; Eufemia corre á cogerlo.)*

EUF. ¡Ah! ¡nuestro Evaristo! *(Se sienta con él en un sillón.)* ¡Qué hermoso! *(Le besa con efusión.)* ¿Y te atreves á hablar mal del matrimonio? Si no te hubieras casado no tendrías un ángel tan bello que fuera nuestro encanto.

BER. ¡Táctica, hija mía, táctica! *(Coge al niño en*

sus brazos, le besa y se sienta en el otro sillón al lado de Eufemia, quedando de espaldas á la puerta de la derecha, por donde sale Alejandro con una carta en la mano.)

ESCENA XV

Dichos, ALEJANDRO

ALEJ. (Aquí está la carta: ¡ lacónica y expresiva! ¡ los golpes de Estado son como los rayos!)

BER. ¡ Qué felicidad es tener una mujer buena y cariñosa como tú, y unos hijos tan hermosos!

ALEJ. *(Asombrado.)* (¿ Qué dice?) *(Se esconde detrás del portier.)*

EUF. ¿ Te has arrepentido alguna vez de haberte casado?

BER. ¡ Nunca! Lo que de veras lamento es el tiempo que perdí de soltero malgastando mis pasiones; te amo como el primer día.

EUF. ¿ A pesar de aquellos tiempos de escasez?

BER. Sí. ¡ El amor lo embellece todo! ¡ El matrimonio es el paraíso!

ALEJ. (¡ Ah!)

EUF. ¡ Si Alejandro te oyera!

BER. Es preciso engañarle para que desista de su boda; no quiero que mi hija pase trabajos.

ALEJ. *(Sale y rompe la carta.)* ¡ Hola!... ¿ El matrimonio es el paraíso? Mi tío dice ahora la verdad. Ya no me voy á Salamanca. *(Se adelanta y mete la cabeza entre los dos sillones.)* Alejandro lo ha oído todo.

BER. y EUF. *(Levantándose.)* ¡Ah!

ALEJ. ¡Todo!

BER. ¿Qué has oído?

ALEJ. Un diálogo encantador, que ha llevado al terreno práctico las teorías de los libros que usted calificó de perniciosas.

BER. No hagas caso; ha sido una broma.

EUF. *(Aparte á Bernardo.)* ¡Bernardo, te has lucido!

BER. (¡Qué contrariedad!) ¿Persistes en casarte?

ALEJ. Por supuesto.

ESCENA XVI

Dichos, FELISA

FELISA El almuerzo está en la mesa.

BER. (¡Se llenó el serón!)

ALEJ. *(Se acerca á Felisa y la coge de la mano.)* ¿No ve usted que es tan bonita? ¿Cómo no he de amarla, tío? Recuerde usted aquellos tiempos...

BER. Ella no está resuelta á casarse contigo. ¿No es verdad, Felisa?

FELISA Yo sí estoy resuelta, papá.

BER. (¡Pues señor, todo se hereda! ¡mi misma firmeza! ¡Hace lo que yo hubiera hecho!)

EUF. Bernardo, no hay apelación, como decís los abogados.

BER. *(A Alejandro.)* Me has vencido en buena lid. Te concedo la mano de Felisa.

ALEJ. *(Con emoción.)* ¡Tío!

FELISA *(Id.)* ¡Papá! *(Le abrazan.)*

EUF. Me alegro. Hija mía, serás feliz.

ALEJ. Sí; seremos muy felices; trabajaré para ella.

BER. Prediqué en vano; bien lo dice el proverbio: predicar en desierto, sermón perdido. El matrimonio es como las medicinas; todo el mundo habla mal de ellas y les hace ascos; pero todo el mundo las toma. *(Se dirige ál público.)* Ya lo han oído ustedes: los solteros deben casarse; no tengan ustedes miedo: el matrimonio es como las armas de fuego; sólo ofrece peligros á los que no tienen experiencia.

FIN

TÍTULO DE LAS OBRAS	AUTORES	Actos	Hombres	Mujeres
Parada y fonda	*Vital Aza*	1	4	—
Aprobados y suspensos	*Idem*	1	11	—
Chifladuras	*Idem*	1	2	2
El bigote rubio	*Miguel Ramos Carrión*	1	3	2
La buena crianza	*Joaquín Abati*	1	1	—
¡Un bofetón... y soy dichosa!	*Juan del Peral*	1	4	2
Un marido infeliz	*Calixto Navarro*	1	3	1
Sermón perdido	*Teodoro Guerrero*	1	3	2
El desalojo	*Silverio Manco*	1	4	1
Mercedes	*Eduardo de Lustonó*	1	2	1
¡La cosa urge!	*Manuel García González*	1	3	—
Dos y uno	*Bueno y Sánchez*	1	2	1
La noche antes	*Juan Antonio Cavestany*	1	1	—
El ángel de los sáuces	*Emilio Mozo de Rosales*	1	2	2
¿Matrimonio civil?	*Manuel P. Delgado*	1	1	3
El libro talonario	*José Echegaray*	1	3	1
El poeta de guardilla	*Pedro Marquina*	1	4	1
El olmo y la vid	*Luis García de Luna*	1	2	2
Los desamparados	*Mariano Chacel*	1	3	3
Cría cuervos y te sacarán los ojos	*Pedro Carreño*	1	6	—
¿Come el duque?	*Ricardo Puente y Brañas*	1	9	1
Ni tanto ni tan calvo	*Manuel Matoses*	1	2	2
Lluvia de oro	*Mariano Pina*	1	2	1
La gramática	*Manuel Ortiz de Pinedo*	1	4	1
Mi secretario y yo	*M. Bretón de los Herreros*	1	2	2
¡Perdón!	*Antonio Fernández Arreo*	1	16	—
Prueba práctica	*Enrique Zumel*	1	2	1
La venda de Cupido	*Miguel Pastorfido*	1	4	2
La carta y el guardapelo	*Ildefonso A. Bermejo*	1	4	3
Mi mamá	*Narciso Serra*	1	2	2
Entre dolora y cuento	*José Echegaray*	1	—	1
El moderno Endymión	*Idem*	1	—	1
El canto de la sirena	*Idem*	1	—	1
Un hablador sempiterno	*Ventura de la Vega*	1	5	2
Bruno el tejedor	*Idem*	2	6	1
Rebeldía	*Eduardo Zamacois*	2	5	6
El tío Juanico	*José María García*	1	5	—
El sueño del malvado	*Idem*	3	7	2
L'hereu	*Retes y Echevarría*	3	8	2
Honrar padre y madre	*Juan José Herranz*	3	5	2
Traidor, inconfeso y mártir	*José Zorrilla*	3	10	1
Oratoria moderna	*Luis Millá*	1	1	—
El ensayo de un drama	*Idem*	1	1	—
Al campo, D. Nuño, voy...	*Idem*	1	1	—
¡Animal!	*Idem*	1	1	—
Mañana me caso	*Idem*	1	1	—
Ayer me casé	*Idem*	1	1	—
¿Café?	*Idem*	1	1	—
El pobre D. Quijote	*Idem*	1	1	—
¡Centinela alerta!	*Idem*	1	1	—
El tenor de la «Marina»	*Idem*	1	1	—
Un crimen elegante	*Idem*	1	1	—
Juegos de manos	*Idem*	1	1	—
Filosofía del vino	*Teodoro Guerrero*	1	4	—
La mamá política	*Miguel Ramos Carrión*	2	4	3
Buenas noches, señor don Simón	*Luis Olona*	1	5	3
Música clásica	*J. Estremera y R. Chapi*	1	2	1
El chiquillo	*S. y J. Alvarez Quintero*	1	1	1
El flechazo	*Idem*	1	1	1
¡Nicolás!	*Eusebio Sierra*	1	2	2